

Albert GARCÍA ESPUCHE, *Un siglo decisivo. Barcelona y Cataluña, 1550-1640*. Alianza, Madrid, 1998, 511 pp.

En 1535 Barcelona se sumó a la tendencia renacentista de representaciones urbanas gracias al dibujo que de ella hizo Vermeyen, con ocasión de la visita de Carlos V, poco después de que las Atarazanas hubieran recibido el encargo de construir cincuenta galeas. Años después, en 1551, varias casas pobres del frente marítimo barcelonés fueron derribadas, acción que dió inicio a una política urbanística de embellecimiento del Portal de Mar. Ambas fechas, de marcada significación material, visual y simbólica, son seleccionadas por Albert García Espuche para señalar el inicio del período de la historia económica, social y urbana de Barcelona y Cataluña que estudia en su ambicioso libro, repleto de información y cargado de implicaciones historiográficas.

Basándose en una investigación extensa y minuciosa, desarrollada a lo largo de muchos años, el autor cuestiona desde sus primeras páginas el panorama comúnmente aceptado para la Cataluña de los siglos XVI y XVII. A esta etapa se la ha solido caracterizar como «los siglos de oscuridad», por una doble razón: era un periodo de decadencia económica y política y, además, estaba poco estudiado. Investigaciones recientes acerca de la vida política e institucional catalana en la época están modificando en parte esa imagen estática de decadencia. Pero la vida económica y social no ha conocido una renovación equiparable. Esto contribuye a que el libro de García Espuche, del que el propio autor ha venido anticipando algunos contenidos en publicaciones de diverso tipo, resulte tan notable y tan visible. Es, en efecto, una aportación de primer orden: no sólo por su envergadura sino también por tratarse de una obra individual y altamente personal.

Como es sabido, la visión establecida dibuja una situación de estancamiento material y retraimiento social desde la crisis de la Baja Edad Media hasta finales del siglo XVII, cuando se inició una recuperación que, a su vez, fue la base de la vitalidad económica y social del siglo XVIII. En tal marco, y confirmándolo, Barcelona aparece como una ciudad poco menos que dormida, inalterada en sus rasgos esenciales a lo largo de unas cuantas generaciones. Pero esta continuidad, tanto la barcelonesa como la del conjunto catalán, era engañosa, argumenta García Espuche, pues enmascaraba cambios cuantitativos y sobre todo cualitativos, casi siempre poco espectaculares, fruto de las iniciativas «desde abajo» y localizados en buena medida en poblaciones menores, unos cambios que, sin embargo, resultaron decisivos. La clave para desvelarlos no es sólo, obviamente, el enorme esfuerzo investigador que el libro supone, sino también, por un lado, el uso sistemático de la documentación notarial (por ser la más sensible al tipo de cambios producidos) y, por otro, la aplicación de una escala de aproximación apropiada, la que atiende a redes urbanas y articulación territorial. El autor ha buceado en fuentes notariales de una treintena de ciudades y poblaciones catalanas, explotando más de mil libros de protocolos y más de veinte mil actas notariales, debidamente complementadas con censos y fuentes

institucionales más conocidos y con testimonios coetáneos, así como con la bibliografía secundaria, muy completa.

En un pasaje del libro, al plantear determinado aspecto, el propio autor admite la dificultad de organizar y presentar todo el volumen de información recogido sobre el mismo (p. 382). Esta dificultad bien pudo presentársele para el conjunto del libro. El autor opta por repasar pormenorizadamente los distintos sectores productivos, analizados a lo largo y ancho del Principado. Esto conlleva no pocas repeticiones de casos o episodios, pero no es menos cierto que dota al libro de una vivacidad extraordinaria. Ante el lector se despliega un vasto paisaje poblado por multitud de individuos, familias y pequeñas compañías, en plena actividad. No en vano el autor reconoce que su información le permite elaborar minibiografías de unos 3.000 personajes corrientes (que, gracias a ello, ya no son anónimos), activos en varios de los oficios más significativos del periodo (cap. 1, nota 21).

De esta manera, los héroes del libro son personajes como Joan Esteva, curtidor barcelonés, quien en 1625 formó una compañía con su hermano y con dos comerciantes de tela, lo que les permitió abrir una tienda de telas en la plaza del Born, y que, en una relación propia del *verlag-system*, suministró lana a un pelaire francés afincado en Piera para que le fabricase paños; Cristòfol Colom, atareado clavetero de Manresa que, en uno de sus frecuentes estancias en Barcelona, tuvo que ingresar en el hospital de la Santa Creu; don Felip de Roger i de Vallseca, caballero de Barcelona y Calella, propietario urbano en el Born, quien, para combatir el estigma asociado a las actividades mercantiles, adoptó el alias de Joan Serinyana, bajo el que se dió de alta en la matrícula de mercaderes en 1603, participó activamente en el suministro de las galeras reales, actuó como banquero y, rizando el rizo de esa doble personalidad, alcanzó la condición de ciudadano honrado unos años después; la familia Xerquies, oriunda de Torelló, cuyos miembros, sin perder su vinculación con esa población y con la cercana capital comarcal de Vic, estuvieron presentes desde la década de 1570 en el negocio textil barcelonés, como tenderos y tintoreros, y desde allí pasaron al de la nieve, primero en Cataluña y después en Madrid, donde en 1607 obtuvieron nada menos que la exclusiva de venta de hielo en todos los reinos durante siete años y seguidamente el arriendo de la alcabala de la villa y corte; los Bonadona barceloneses, que, en el lapso de dos generaciones, pasaron de la condición de pelaires y curtidores a la de negociantes en esos mismos ramos, propietarios de casas en alquiler y acomodados mercaderes, con sucesivos cambios de residencia al calor de su ascenso social; ciertos estudiantes que, procedentes de diversas poblaciones catalanas, desempeñaban procuradorías comerciales mientras seguían sus carreras en el Estudi General barcelonés; los arrieros y carreteros, protagonistas de lo que el autor llama «revolución en las comunicaciones» (pp. 286, 318, 409); los habitantes de la pequeña población de Castellterçol, hábiles en reorientar su tradición textil hacia la producción de estameñas y piezas de menor calidad; los marineros de Arenys, que sobrepasaron a los de Barcelona en el transporte de cabotage; la colonia de negociantes y exportadores catalanes en Medina del Campo, Madrid y Sevilla; y tantos y tantos otros individuos y grupos que desfilan sin cesar por sus páginas.

Tamaña plétora de casos y trayectorias permite a García Espuche mostrar sobradamente que aquellas gentes (artesanos, mercaderes, pequeña nobleza) fueron auténticos estrategas económicos en su capacidad por aprovechar las circunstancias y aún prosperar discretamente en ellas. En particular, queda de manifiesto la importancia de las familias

extensas, con dobles residencias y afiliación a dos gremios, así como la versatilidad de esos agentes a los que, con adjetivo un tanto impreciso, califica a veces de «capitalizados». En conjunto, emerge un panorama donde no hubo cambios espectaculares, pero donde tampoco nada induce a hablar de crisis, aunque no faltaron quiebras de bancos privados en 1613-1617 ni casos de proletarización. El autor reitera a menudo que los cambios fueron de orden tanto cuantitativo como cualitativo. Precisamente la atención dispensada a esos cambios cualitativos es uno de los rasgos característicos del libro.

Como corresponde a su reputada formación como historiador del urbanismo, García Espuche se muestra particularmente sensible a fenómenos tales como la densificación del tejido urbano, la aparición de ensanches (como el extraordinario de Mataró, planificado en 1595), la formación de redes urbanas, los cambios en la jerarquía urbana de una región, y otros de tenor parecido. De la mano de la historia y la geografía urbanas, este tipo de fenómenos es objeto de un creciente interés entre los estudiosos, pues, aparte de su importancia intrínseca, revela pautas sobre aspectos para los que escasean las fuentes documentales directas¹. Y es así como García Espuche saca partido a indicios como la proliferación de voladizos en las estrechas calles barcelonesas o la aparición poco antes de 1600 del balcón de hierro, y obtiene elocuentes resultados del estudio de la sociotopografía de los oficios en Barcelona. Con esta aproximación a los temas estudiados, se entiende que quiera rescatar del olvido a Pere Donadeu, maestro de obras municipal de Barcelona durante la primera mitad del siglo XVII y responsable, por tanto, de multitud de pequeñas actuaciones que dignificaron la estampa de la ciudad, injusta aunque comprensiblemente eclipsado por el arquitecto Pere Blai, representante de las escasas intervenciones «cultas» y monumentales, de aire renacentista, habidas en la ciudad (p. 338).

La descentralización de muchas actividades económicas fuera de Barcelona (que, como el autor recuerda, fue inicialmente apuntada por Manuel Arranz), la aparición de una dinámica corona de ciudades en la costa y en el interior (Mataró, Granollers, Vic, Igualada, Vilanova y otras), cada una de las cuales, a su vez, articuló a su alrededor una constelación de núcleos menores, la formación de un eje viario de Barcelona al Pirineo, por Vic, Ripoll y Puigcerdà, con un importante ramal hasta Olot, la creciente especialización comarcal y al mismo tiempo la integración territorial a escala catalana, son varios de los fenómenos que son repetidamente expuestos en los sucesivos capítulos del libro, con detalle y convicción. Que la historia catalana ha sido vista demasiadas veces desde Barcelona, con las distorsiones consiguientes, es una queja formulada a menudo. Albert García Espuche ha emprendido aquí una investigación rigurosamente catalana (que le ha llevado a reseguir la presencia catalana en puntos alejados del Principado), de una extensión inusual para el periodo estudiado.

Es esta auténtica dimensión catalana lo que da sentido tanto a su investigación como a sus resultados. En buena medida, la interrelación de los cambios estudiados constituye la propia explicación de los mismos. Es así como, por ejemplo, la aparición de una calle de Pasamaneros en el callejero barcelonés en 1640 y el surgimiento del núcleo de El Esquirol como etapa de los arrieros en la ruta de Vic a Olot (pp. 86, 206), se encuentran vinculados de una u otra manera en un conjunto de integración económica y funcional catalana. El autor habla varias veces de los «círculos virtuosos» que pusieron en contac-

1. Epstein (2001).

to unos cambios con otros y fomentaron otros nuevos (pp. 113, 257, 263, 283, 311). El recurso a esta expresión quizá denota un cierto espontaneismo o automatismo causal como explicación subyacente del proceso general. En cualquier caso, el autor muestra de sobras que este conjunto articulado responde plenamente al modelo de la protoindustrialización, precisando que el proceso fue precoz, pues para 1600 se hallaba ya consolidado (p. 116).

En este marco, Barcelona pasó a ser una ciudad especializada en el acabado de los productos, una ciudad, como gráficamente describe el autor, de sastres, zapateros, pasamaneros, terciopeleros y plateros, y también pasó a ser un centro comercial y de distribución. Mientras tanto, las fases previas de la producción se desarrollaban en otros núcleos locales, en lo que constituyó lo que él llama una redistribución de los saberes artesanales por el territorio. Por ello, advierte con tino que es inexacto e inútil hablar tanto de época de esplendor como de decadencia gremial. Hubo, por contra, lo que se ha llamado un «*putting out* corporativizado» (pp. 286, 132), en el que el esquema convencional campo-ciudad queda desdibujado y prácticamente inutilizado.

A los modelos contrapuestos de A. Wrigley y David Ringrose sobre el impacto respectivo del crecimiento de Londres y Madrid sobre las poblaciones y economías inglesas y castellanas, positivo el primero y negativo el segundo, García Espuche añade su propia explicación del caso barcelonés y catalán: «crecimiento de Barcelona fuera de Barcelona», es decir, un crecimiento en los nuevos puntos dinámicos del sistema, con beneficio para todo el conjunto (p. 403). A lo largo de este proceso, Barcelona se convirtió en el principal centro de servicios y acentuó sus rasgos de capitalidad social y cultural. Todo ello le permite, además, ofrecer una sugerente explicación de la falta de grandes iniciativas urbanísticas en la ciudad, habitualmente considerada como confirmación del estancamiento padecido: una política edilicia discreta y contenida fue la manifestación de la naturaleza de los cambios sociales que se estaban produciendo, en los que la falta de ostentación ayudó a la vitalidad económica, mientras el Consell de Cent optaba por una política de cohesión urbanística, en lugar de una de separación, propia de las grandes intervenciones barrocas (pp. 337-341).

Además de presentar la articulación territorial de Barcelona con las comarcas del Principado, uno de los puntos fuertes del libro es la identificación del tipo y alcance de los cambios socioprofesionales producidos intramuros de Barcelona. En el capítulo 3 Albert García Espuche matiza y corrige la difundida imagen de una Barcelona casi estática entre inicios del siglo XVI e inicios del XVIII. Lo consigue en buena medida gracias al uso de dos útiles recuentos elaborados en 1640, ambos en mermado estado de conservación. Por ello hubiera sido deseable una presentación más visible y pormenorizada de los mismos. También hubiera ayudado un mayor número de planos de Barcelona, para plasmar mejor su distribución sociotopográfica, así como de mapas del Principado, para ilustrar las coronas de ciudades y los ejes de comunicación, máxime cuando el autor es especialista en la representación gráfica del espacio.

Hace unos años se habló de la crisis de la década de 1590². Entre otras cosas, en ese libro se debatió sobre el papel de los organismos públicos para capear los efectos más agudos de aquella crisis, con interesantes juicios de James Casey para el caso español.

2. Clark (1985).

Sería oportuno discutir la ubicación en tal crisis del caso catalán, a la luz de la nueva información ahora disponible. García Espuche habla de la política municipal barcelonesa, que oscilaba entre las posturas favorables o contrarias a la liberalización (pp.112, 131), y alude a la reglamentación emanada de las Cortes catalanas. Una mayor sistematización de la política económica de las Cortes hubiera permitido una aproximación más precisa a la interrelación entre legislación y prácticas económicas.

Como colofón a su notabilísima investigación, Albert García Espuche expone que los cambios económicos catalanes hacia una mayor vitalidad y dinamismo, que la bibliografía ha solido situar a finales del siglo XVII, se produjeron en buena medida y sin estridencias un siglo antes. Un siglo decisivo, pues, el transcurrido entre 1550-1640, como reza el título, sin duda. Pero «decisivo» resulta un adjetivo insuficiente. El autor abre su libro contraponiendo «oscuro» a «decisivo», pero los términos de la contraposición no son esos. La decadencia no es menos decisiva que el auge. Un título más bien romo, pues, para un libro de primera magnitud, para un hito historiográfico con el que el autor, individualmente, modifica el panorama de la vida social y económica de la Cataluña de los siglos XVI y XVII.

XAVIER GIL PUJOL

BIBLIOGRAFÍA

EPSTEIN, S. R. (2001), *Town and Country in Europe, 1300-1800*, Cambridge University Press, Cambridge.

CLARK, P. (ed.) (1985), *The European Crisis of the 1590s*, Allen and Unwin, London.